



## ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

[www.area3.org.es](http://www.area3.org.es)

Nº29 – Invierno 2025

### ¿Lienzos o trincheras? Cuerpos, identidades y adolescencias

Luis García Campos<sup>1</sup>

Luciana Cédola

Cesar Galán Cueli

Celia Mendina

Diana Sastre Alcober

*“Para investigar, y por tanto para aprender, es necesario retener o conservar siempre, en cierta proporción, esa angustia del adolescente frente a lo desconocido”.*

*José Bleger*

#### 1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo es el producto de un proceso grupal que empezó en 2016 estudiando distintas cuestiones. Comenzamos alrededor de la obra de Armando Bauleo en su periodo europeo, después continuamos ahondando en lo que llamamos Infancias Ríspidas, de ahí dimos un salto a la adolescencia.

Bauleo nos decía: “cuando se te aparezca una adolescencia, no la dejes escapar”. Este enunciado nos permite dos movimientos. Por un lado, nos coloca frente a la experiencia adolescente más allá de otras aproximaciones, como las señaladas desde el duelo, la crisis o la

---

<sup>1</sup> Los firmantes de este artículo son psicólogos, residentes en Madrid y componen el Grupo de Investigación Interspectivas.

prematuración. Nos permite pensar en la adolescencia como una experiencia que da cabida a la construcción, la creación, el desarrollo de nuevas formas de ser, estar y vivirse. Desde aquí podemos pensar la adolescencia no sólo como problema, sino como oportunidad vital.

En segundo lugar, el enunciado de Bauleo nos permite eludir el concepto de estadio adolescente y poder pensar en el sentido procesal de la adolescencia. Perspectiva planteada hace décadas por Silvia Tubert, que nos facilita acercarnos a todas esas experiencias adolescentes que no están determinadas necesariamente por la edad.

Bauleo también nos llevó a utilizar la cuestión de la actualidad como un interrogante. Aquello que nos hace ser o descubrirnos distintos de lo que fuimos, algo inherente a la experiencia psicoanalítica. Y esto también estimuló nuestra búsqueda, preguntarnos en qué condiciones se desarrollan en la actualidad las adolescencias y preguntarnos también desde qué grado de actualidad dirigimos nuestra mirada y nuestra escucha hacia los y las adolescentes que atendemos, interrogándonos en qué medida nuestro esquema de referencia se adecúa a la realidad que en estos días acude a nuestras consultas desde las experiencias adolescentes.

Una adolescencia que es tomada como objeto de estudio a lo largo del siglo veinte, descrita minuciosamente en los setenta y ochenta de dicho siglo, y de la que nos preguntamos en qué medida perviven esos relatos en las experiencias de los actuales adolescentes, que han crecido en contextos sociales distintos, con formas y organizaciones familiares inimaginables (en muchos casos soñadas, en muchos otros temidas) para los estudiosos de las décadas anteriores, con figuras parentales nuevas y diversas, con un acceso a la información sorprendentemente directa, sin el requerimiento de mediadores adultos como familiares, maestros u otras figuras significativas de la comunidad.

Desde esta nueva realidad, esta realidad en la que viven nuestros actuales adolescentes, una cuestión atravesaba nuestro trabajo, tratando de dilucidar cuanto separaba la construcción de la cuestión adolescente forjada en las décadas del siglo XX de la realidad vivida de los chicos y chicas que viven hoy en día su experiencia adolescente en hogares, escuelas y calles.

Qué distancia hay entre el fin de la adolescencia en nuestros días a la afirmación de Knobel (1971) sobre el pasaje de cierre de la adolescencia a la adultez: *“formando realmente una identidad genital adulta con capacidad procreativa, independencia real y capacidad de formar una pareja estable en su propio espacio y en su propio mundo”*.

Surge la pregunta de cuánto se puede sostener este enunciado y cuánto de cuestionamiento tiene esta afirmación para nuestra realidad, nuestros adolescentes y nuestros jóvenes. Cuánto puede relativizarse y cuánto debería hacernos pensar sobre la flexibilidad en la que

damos por hecho que se asienta una realidad adulta que en ocasiones se pierde en sus límites a través de décadas de existencia.

En la misma época que Knobel sostenía ese enunciado, José Bleger (1971) planteaba, poco después de publicar *Simbiosis y ambigüedad*, que la construcción de la identidad adulta, desde el proceso adolescente, no había que contemplarla como una unidad congruente, sino más bien una argamasa en la que conviven elementos de distinta condición y procedencia, unos provenientes de las relaciones no discriminadas que surgen en la primera infancia, otros con la integración de funciones o roles concretos que se conjuntan de forma heterogénea.

Nos sentimos más cómodos en esta posición, desde la que podemos pensar que las personas accedemos a la identidad adulta con un conjunto más o menos heterogéneo de elementos que tienen distintas condiciones y particularidades. Identidades pensadas con pliegues, fisuras e islas en las que se sostienen elementos diversos, de distinta composición, que pueden dar lugar a diversos patrones de conducta, a formas distintas y estables de interacción intrapsíquica e interpersonal. Amalgama que transmite una cierta permanencia a cada persona y una posibilidad de proyectarse en el tiempo, permitiendo imaginar futuros posibles.

### **Un marco social para la adolescencia actual**

Nuestro trabajo sobre la adolescencia comenzó con la discusión de “Jóvenes de Vidas Grises”, un texto escrito por Ana María Fernández, quien en 2012 se detuvo a pensar en muchos de sus jóvenes pacientes que llegaban a consulta sin una percepción clara de malestar, una gran dificultad para ponerle palabras y unos comportamientos intensos y desajustados que acompañaban a esas limitaciones narrativas. En el mismo sentido, y unos años después, Lola López Mondejar (2024) publicó *Sin relato*, un ensayo en el que ahonda en esta peculiaridad de nuestra era que afecta significativamente a los más jóvenes, y que dedica uno de sus capítulos a recoger análisis muy próximos a los de Fernández a través de preguntas hechas a psicoterapeutas y psicoanalistas.

Desde el principio de nuestras investigaciones, dimos a la cuestión adolescente un papel de portavoz social, entendiendo que muchos de sus malestares percibidos y de los que provocan en otros no son exclusivamente suyos, sino que representan las condiciones de un determinado momento social de nuestra cultura, que se expresa en un determinado grupo social, y que es depositario de una serie de cuestiones que no necesariamente tienen porqué pertenecerles, aunque les afecten a ellos o por ellos tengan consecuencias en otros.

Otra de las anotaciones que realizamos sobre el actual malestar adolescente es cómo en nuestra realidad social de las expresiones de dificultad, angustia o inadecuación son

frecuentemente respondidas por nuestras instituciones (familias, escuelas, sistemas de salud o de servicios sociales) a base de siglas y psicofármacos. La escucha y la respuesta a los enunciados del malestar, muchos de ellos relacionados con el cuerpo o expresados a través de él son respondidos en demasiadas ocasiones con etiquetas del DSM V (TDA, TEA, TCA, TLP, ACI...) y el Vademécum, prescribiendo farmacológicas genéricas para cada uno de esos disturbios, amordazando los malestares de los adolescentes y enmascarando la angustia que estos malestares provocan en los adultos que los asisten (padres, maestros, sanitarios...).

### **Cuerpos tatuados: ¿lienzos? ¿trincheras?**

Una de nuestras compañeras contaba cómo una paciente adolescente hace no mucho le preguntaba ¿y tú no tienes tatuajes?, de la misma manera en que podría haber preguntado ¿tú no tienes redes sociales?

Revisando nuestras historias, los relatos que nos acompañan, los encuentros en la clínica y la lectura de diversos textos de referencia, nos parece claro reconocer una reubicación del tatuaje en nuestras actuales coordenadas sociales y su presencia en diversos grupos sociales.

Hace no demasiado tiempo, quizás tan solo unas décadas atrás, el tatuaje era en nuestra cultura occidental un producto instalado en la marginalidad. Presos, marineros, legionarios eran las personas que con más facilidad y frecuencia adoptaban estas representaciones.

De forma complementaria, y creemos que no contradictoria, la ubicación corporal de los tatuajes ha desarrollado el sentido inverso, empezó poblando zonas del cuerpo centrales, más íntimas, y se ha ido desplazando a las extremidades, a lugares en los que gana visibilidad e incrementa su exhibición.

En los últimos 20-30 años, el tatuaje ha pasado de ser una práctica realizada en la periferia social a ocupar un lugar central en distintos contextos, independientemente de variables como el género, la etnia o la clase social. Invitamos a observarlo en verano en un vagón de metro, paseando por una calle concurrida de alguna ciudad o en cualquier playa.

Sobre este movimiento, que entendemos como un desplazamiento de la marginalidad a la centralidad social del tatuaje, construimos una hipótesis: Si nuestra actualidad se caracteriza por importantes dificultades para generar relatos subjetivantes ¿serán los cuerpos trincheras desde los que tratar de sostener la identidad en un contexto social líquido, en el que grupos, instituciones y rituales parecen haberse disuelto en la hipermodernidad? ¿Se busca en el símbolo dibujado por otro, visible para otros, mirado por otros, un mensaje que dé sentido a experiencias y rumbos vitales y que nos hable de la identidad del sujeto?

La hipótesis del cuerpo como refugio identitario surge de una exploración de lo social en donde autores como Gilles Lipovetsky (1986, 2006), Zygmunt Bauman (1999) o Byung-Chul Han (2019) vienen coincidiendo en señalar la disolución de las instituciones, como producto de la evolución de una sociedad capitalista que pone en el individuo el eje central de su desarrollo. Y donde la familia, la escuela o la comunidad van perdiendo su lugar como referentes desde los que las personas puedan ubicarse como sujetos. Cuando no son “instituciones estalladas” en palabras de Ana María Fernández (1999).

Por otro lado, nuestra mirada a los cuerpos adolescentes aparece atenta y preocupada en torno a determinadas conductas que bien nos sorprenden o nos extrañan en su número y su expresión: los tatuajes, las autolesiones, las alteraciones de la conducta alimentaria, las intervenciones estéticas. Conductas de diverso orden y distinta causalidad, pero que señalan todas alrededor de un escenario ¿nuevo?, en el que el cuerpo se convierte en un espacio de búsqueda dolorosa y arriesgada de límites, de expresión de conflictos, de definición de identidad. Ninguno de estos comportamientos y acciones son nuevos, pero sí que podemos pensar en cómo se han extendido en nuestros contextos y han ganado una mayor visibilidad por diversos motivos.

### **Cuerpos investidos**

Nos zambullimos en el texto *Under de skin*, de Alexandra Lemma (2010) para acercarnos a la forma en la que el cuerpo se inviste psíquicamente. La mirada de la madre (m-other) que Lemma nos recuerda como fundante, junto al tacto de esa otra (m-other) van a ser determinantes para la construcción psíquica que incluye y se sostiene en lo corporal:

Los bebés necesitan una madre (m-other) que les ayude a unir de manera significativa su experiencia sensorial, que de otro modo estaría desorganizada. De esta fragmentación temprana surgirá un mapa psíquico/libidinal del cuerpo. (Lemma 2010: 11)

Añadiríamos que este proceso será condicionado por un tercero, que siguiendo un esquema clásico en psicoanálisis estaría representado por la figura del padre, facilitando un proceso de triangulación que organizaría límites y sentidos en la relación con la realidad. Un tercero al que desear, temer, con el que rivalizar y entrar en conflicto. Recordemos que para Pichon-Rivière no se trata de personas si no de funciones.

Un mapa que, volviendo a Freud, será para Lemma la representación del yo, una representación de la relación libidinizada del individuo con su cuerpo (Lemma 2010: 12) y que en nuestras sociedades tecnológicamente avanzadas tienen formas peculiares de articulación:

Estas tendencias socioculturales revelan cómo la propia identidad se ha convertido en un producto global. Específicamente, como ha expresado Giddens (1991:5), es mucho más deliberativo y estamos siendo testigos de un continuo “reordenamiento de la identidad” en el que la preocupación por el cuerpo centra... desde una fantasía de autoengendramiento ... Mientras sigamos preocupados por cuestiones de identidad, seguiremos manipulando nuestros cuerpos y “personalizándolos” (customizándolos) para dar forma y significado a nuestras identidades personales y sociales. (Lemma 2010: 18-19)

Si tenemos en cuenta la realidad adolescente, nos tocaría recordar que, si bien el cuerpo del bebé es investido por la mirada, el tacto y la voz de la madre (m-other) (Lemma, 2020:66), en el caso de la adolescencia es el cuerpo el que asalta intensa y con frecuencia violentamente el psiquismo.

### **En la adolescencia, el cuerpo asalta al psiquismo**

Igual que es difícil convenir en cuándo finaliza la adolescencia, es común acordar que es la pubertad, el desarrollo de los órganos sexuales secundarios, lo que inicia esta etapa del acontecer humano. Y aquí no hay tiempos largos o procesos cuidados, más bien se trata de un momento en el que la naturaleza irrumpe de manera abrupta y a menudo desconcertante en la vida de los y las adolescentes y que requerirá un importante, complejo y arriesgado proceso para llegar de la experiencia corporal a la representación (Nicoló; 2024).

En la experiencia puberal, el cuerpo se vive extraño y ese mapa construido muchas veces con mimo y cuidada atención va a tener que chequearse con una realidad que surgiendo de uno o una mismos, desde lo corporal, va a convertirse en un test de estrés para las representaciones psíquicas que lo invisten.

Y esto no es sólo así con la aparición siempre desconcertante de la menarquía, o con las poluciones nocturnas y el descubrimiento de la eyaculación como una nueva experiencia corporal.

El desarrollo corporal asociado a este momento del proceso puberal va a producir perplejidad y desconcierto, cuando no dolor. Como un chico de 14 años relataba en una entrevista, “crecer duele” y esto no es ninguna afirmación metafórica para muchos chicos y chicas en distintos momentos.

Además de la vivencia de la experiencia corporal, la aparición del cuerpo con características adultas va a mediar en una transformación radical de las relaciones con otros, adultos e iguales. Las miradas, los comentarios, las propuestas y los intercambios pasan a otro orden,

no siempre comprensible o decodificable para los y las protagonistas del proceso, que atienden desconcertados a los efectos que producen en los demás. Efectos nuevos y sorprendentes, efectos en muchas ocasiones indeseados. Efectos y tensiones que ponen a prueba el mapa psíquico y que en ocasiones provocan derrumbes (Laufer y Laufer; 1984).

En este momento de la vida, son los cuerpos los que empujan psiquismos. Psiquismos que tienen que ir aprendiendo como pueden y cuando pueden a las nuevas situaciones y exposiciones en los que sus cuerpos se van encontrando.

Tendríamos que pensar en cómo el mapa psíquico construido en los inicios de la vida del bebé y organizado libidinalmente en los primeros años de vida, va a verse puesto a prueba por esa exposición torrencial de experiencias que van a atravesar la vivencia adolescente y donde la mirada, el tacto y la voz de mamá no tienen el poder de contención e investimento que tuvieron.

El chico puede entonces entrar en una situación de stand by, de estancamiento, imposibilitado a elegir entre el miedo al abandono del cuerpo pre-edípico y la integración del nuevo cuerpo sexualizado, porque esto significa también la pérdida de un objeto seguro y protector como el padre, enfrentarse a deseos incestuosos y agresivos, aceptar que no es omnipotente y perfecto, sino real y activo. Surgirá entonces el terror a perder el control del cuerpo y su contrapartida que es perder control de su mente. (Nicoló, 2024:138)

Toda esa construcción bio-psico-social se va a poner a prueba y va a tener que responder ante situaciones y a exigencias que surgirán de diversos planos, proceso que desembocará en un estado adulto desde el que poder reorientar rumbos y determinar proyectos.

Y querríamos señalar a dos consideraciones de actualidad para la construcción de las identidades adolescentes que afectan a lo corporal y su raíz de distintas formas. Una tiene que ver con las condiciones de fragmentación social de nuestra sociedad contemporánea. La otra con la generalización de tecnologías digitales. Entendemos que una y otra cuestión están altamente relacionadas, pero consideramos necesario buscar una cierta distancia entre las dos, por lo que de confusión podría estar produciendo poner el foco de las nuevas realidades sociales en los dispositivos y las redes digitales, olvidando que el mundo *of line* tiene también condiciones y características relevantes en la generación de subjetividades e identidades.

## **Identidades deslocalizadas**

Pensamos en cómo las nuevas organizaciones capitalistas, lo que se ha denominado el capitalismo de extracción de datos, ha consolidado su presencia en las sociedades desarrolladas diluyendo la presencia y la importancia de las instituciones tradicionales de las sociedades democráticas. La familia, la escuela, la empresa, la comunidad... realizando una derivada atencional y subjetivante del conflicto al algoritmo.

Lo que en las últimas seis décadas se ha discutido como anclajes institucionales de los sujetos, que tanto sostenían como apresaban (la familia, la fábrica, la escuela, la cárcel, el manicomio...), han dejado de ser los únicos referentes identitarios y su papel en los proyectos personales se desdibuja, dando lugar a imágenes especulares generadas por automatismos matemáticos que se mueven en un espacio social sin “aquí”, ni “ahoras”, ni “conmigos”. Siempre hay un móvil o una aplicación con la que sentirse en otro lado, fugarse o eludir el presente con sus requerimientos y sus angustias. Y todo ello para engrosar las cuentas y los cuentos interesados (véase relatos) por la minería de datos, cuyos operarios segmentan y distribuyen intereses, opiniones, representaciones del mundo y de cada uno de nosotros.

Una sociedad que combina las realidades de los nómadas digitales, jóvenes con capital económico y cultural que pueden realizar sus actividades profesionales conectados en sus movimientos por cualquier lugar del planeta, con aquellos otros nómadas sin domicilio fijo, forzados por limitaciones económicas y sociales (Bruder, 2020) que en las últimas décadas dejan su impronta en el concepto de uno mismo, de identidad. Un proceso en el que, sin relatos, desaparecen los vínculos presentes con otros, la genealogía, las referencias compartidas, la inclusión en una comunidad de procedencia, ya sea deseada o rechazada.

Una fragmentación de lo interpersonal que tanto atraviesa lo histórico, lo que podría entenderse como referencias temporales que dan sentidos y trasladan conflictos desde lo que a uno o a una hacen, como lo geográfico, en la percepción de que los más próximos dejan su papel de significación y son sustituibles por cualquier otro que pueda estar en cualquier otra parte.

Por poner un ejemplo, llama la atención como en las últimas décadas se han multiplicado las narraciones literarias y cinematográficas en las que los protagonistas parecen no tener ninguna relación histórica con nadie, ni tener una vinculación especialmente significativa con los lugares en los que habitan. Así pueden pasear por Madrid o Barcelona igual que lo harían por Bruselas, Chicago o La Plata. Sus acompañantes a veces son amigos, otras amantes, en escasas situaciones familiares. Todo vínculos ligeros, frágiles, sustituibles por otros sin demasiada dificultad, sin fracturas, sin duelos.

De la universalidad de esta ligereza en los vínculos, la fragilidad personal y los cambios sociales, de cómo se han desarrollado en distintos lugares de una geografía cada vez más interconectada, tenemos una reciente muestra cinematográfica realizada en China, la película *A la Deriva* (Jia Zhangke, 2024), que en los momentos de escribir este texto todavía se exhibe en algunos cines de España. La transformación en lo próximo realizada en diversos lugares del mundo en las últimas décadas ha comportado saltos organizativos, vinculares e identitarios profundos en distintos lugares del planeta. En un mundo que cuanto más interconectado está, es cada vez más pequeño (Kaplan; 2025).

Lo que vamos a entender como un declive de lo social en términos de instituciones y vínculos va a reforzar los elementos identitarios colocados en la persona, potenciando fantasías de autoengendramiento y omnipotencia. López Mondejar (2022) habla de fantasía de invulnerabilidad. Colocando a los cuerpos en primera línea de resistencia y narrativa.

Todo ello con un gran potencial de desarrollo social futuro. La capitalización económica y política de estas identidades adolescentes y juveniles deslocalizadas la conocen bien los organizadores de estos paraísos virtuales en los que es posible ser cualquier cosa y eludir a cualquier otro que se ponga frente a uno. Aquí sí que es fácil entender que hay un proyecto con mucho futuro.

### **Cancelación y reseteo**

Traemos estos mecanismos relacionándolos con acciones que surgen de medio digital, pero que se han instalado en el mundo de los vínculos y las relaciones. Pensamos en la cancelación, el reinicio o el reseteo. Instalados en una lógica omnipotente, parecería que podemos eliminar vínculos y parte de nuestra historia personal de la misma manera que reiniciamos un dispositivo o cerramos una cuenta en internet. Se trataría de sostenerse en la fantasía que es posible eliminar partes significativas e importantes de una existencia con una decisión consciente, sin costes ni pérdidas personales.

R, economista de 25 años, especializada en mediación de conflictos, comparte con una antigua amiga y compañera de escuela, V, una experiencia desagradable vivida en la última reunión con la familia paterna. En una comida familiar se ha producido una discusión de contenido político que R ha finalizado levantándose de la mesa y marchándose de la casa de la abuela paterna. V, trabajadora social, le responde que deje de relacionarse con ellos, que lo de dejar de tener contacto con la familia de tu padre es algo normal y frecuente, ella misma ha decidido hacerlo. Desde entonces, hace más de un año, R ha cortado toda comunicación con esta rama familiar.

Siguiendo a López Mondejar (2025) estaríamos apuntando hacia lo insoportable que resulta la fricción, el entrar en contacto con otros que nos producen tensión, conflicto, aspereza, a la vez que nos sostienen, nos ubican, nos dan identidad. Esa evitación de la fricción va a tener entre otras consecuencias un efecto empobrecedor, de los vínculos, la identidad, del psiquismo.

Por un lado, la cancelación de lo distinto reduce la capacidad para manejar las diferencias, soportar lo que no es idéntico a uno, lo que puede producir tensión con el otro o con uno o una mismos. A la vez va a ser vivido ingenuamente como su contrario, una acción empoderante, que se imagina congruente con una autonomía y una diferenciación de los otros.

Esas renunciaciones experienciales, organizadas desde la exclusión de lo distinto, van a tener consecuencias reductoras del campo psíquico. Pensemos cómo las diferencias, los conflictos, las fricciones, pueden generar heridas o amputaciones, dependiendo del grado de elaboración del proceso de duelo que acompañe a la pérdida. Si lo que se hace es arrancar lo distinto, lo propio queda cargado de una polaridad indigerible: lo malo se puso fuera y se excretó, lo de dentro es lo que se pretende mantener limpio, a costa de una reducción del campo vincular y de experiencia vital. Se reduce la capacidad para enfrentar el conflicto, para utilizar su capacidad transformadora, para convertir experiencia en aprendizaje.

Podríamos trasladar al ámbito psicosocial una transformación observada en el ámbito comunitario. El pasaje de la dinámica del amo/esclavo (Hegel) a la relación polarizada del amigo/enemigo (Schmitt). De lo dialéctico a lo dilemático. Polarizaciones políticas, relacionales y personales. Se acabó el crecer frente al que te determina, te exige y te oprime para convertir la experiencia en aprendizaje personal y transformación social. La lógica de la exclusión, podríamos decir en términos históricos del exterminio, nos lleva a plantear al otro como un enemigo al que eliminar o ante el que fallecer. O conmigo o contra mí, sin matices, pactos o transiciones, el que no me sigue es mi enemigo, el que no es como yo no debe existir. Desgraciadamente pensamos en esta lógica que sustentó en buena parte la ideología nazi del siglo pasado como un procedimiento social cada vez más instalado en nuestra actualidad psíquica e interpersonal.

Escuchar, dialogar, comporta poder reconocer al otro como distinto, hacer soportable la diferencia y la tensión que esa alteridad representa para cada uno y cada una. Se trata de poder convivir con la fricción. Recogemos una escena de una película reciente:

Un grupo de chicos charlan en el sofá durante una fiesta sobre sus iniciaciones sexuales. Los varones hablan de cómo internet y los dispositivos digitales son su fuente primera y fundamental de conocimiento sobre la actividad sexual, una de las chicas que escucha el relato comenta que ya entiende porqué cada vez que se enrolla con un

chico, este la coge por el cuello y “juega” a estrangularla. (*Nación Asesina*, Sam Levinson, 2018).

Los dispositivos son claves, pero no son la clave. Como la máquina de vapor en la revolución industrial, lo digital es un instrumento fundamental de nuestro mundo contemporáneo, con efectos subjetivantes, pero no tiene por qué ser el motivo fundamental de las transformaciones en los vínculos y los desarrollos personales.

Junto a esta nueva realidad social, puede que inseparable de ella, pero con raíces y desarrollos diferenciados, aparecen las vidas digitales, las experiencias on line, las comunidades virtuales. Donde se pueden tener distintos perfiles, avatares o alias sin que unos y otros tengan más trayecto del que uno o una determine. Ante una situación de dificultad o conflicto poco soportable basta con darse de baja y desaparecer para volver a encontrarse en otro perfil, otra identidad, en esa u otra aplicación.

La anécdota de la película *Nación Asesina* (Sam Levinson 2018) nos llevó a pensar por un lado cómo surge con la aparición de internet una iniciación/educación sexual que no sólo deja fuera a los adultos, sino que coloca en un segundo plano al grupo de iguales con los que hace no mucho cada chico y cada chica se aventuraba en sus primeras experiencias sexuales genitales. La exposición a la pornografía accesible desde cualquier dispositivo elimina cualquier mediación de otro que ayude a dar sentidos y contextualizar lo que se ve y lo que se fantasea en esas experiencias.

Por otro lado, la escena fílmica nos lleva a pensar en la facilidad con la que se puede fantasear con eliminar al que es distinto, al que nos perturba. En el episodio mencionado podemos considerar en este sentido el valor del “estrangulamiento” de mujeres a manos de chicos que se sienten intimidados por la sexualidad de las chicas. Y también desde aquí podríamos pensar en la extensión de las actividades en “manada” en las que se ejerce una violencia grupal hacia las chicas y las mujeres.

### **¿Construir identidades sin cuerpo?**

Esta sería una peculiaridad de las experiencias digitales, una condición que consideramos importante alrededor de la (no) exposición del cuerpo. Las pantallas, las redes sociales permiten interacciones en las que los cuerpos de las personas, las de los y las adolescentes quedan fuera, a lo sumo recortadas por el encuadre de las pantallas si deciden utilizar sus cámaras. Desde ahí muchas experiencias sociales van a ser condicionadas por esa limitación, que no se advierte a menudo como tal. Traemos dos situaciones sobre ello.

C es un varón de 16 años que desde los 8 se piensa como bisexual y que hasta la fecha no se ha “liado” nunca con nadie. Consulta por los malestares y ansiedades que desde hace años siente que crecen sin poder manejarlos. En una entrevista cuenta que tiene una novia con quien nunca se ha encontrado en persona, que vive en La Coruña y a la que conoció a través de una amiga común. La novia visita Madrid, ciudad de residencia de C en un viaje de estudios que dura una semana y ellos no “han dado con la manera” de encontrarse. Al día siguiente de la vuelta de la chica a su ciudad natal, le cuenta que ella finaliza la relación. C se siente triste porque ella “lo ha dejado”.

Hace unas semanas C comentaba ansioso a su terapeuta que había conocido a una chica que le gustaba, pero que era muy intensa y decidida, haciendo alusión a que ella podría proponerle algún tipo de relación sexual. Finalmente, C decidió alejarse de ella y no continuar con unas aproximaciones que en ese momento le resultaban muy inquietantes.

A finales del 2010, cuando internet no estaba generalizada como instrumento en los teléfonos móviles, una observación en una fiesta de graduación de bachillerato, con chicos y chicas de 17 y 18 años en el espacio de una discoteca, permitió observar cómo muchos de los varones en vez de interactuar con sus iguales en la pista de baile, pasaban buena parte del tiempo mirando las pantallas azules de sus móviles. Consultados por los adultos que los acompañaban, algunos adolescentes comentaron que era más fácil (y menos angustiante) cortejar a través de los SMS de sus teléfonos que enfrentándose físicamente con las personas que les atraían.

Pero no sólo queremos señalar hacia los desarrollos sexuales en estas relaciones sin cuerpo, también queremos detenernos en otras prácticas cotidianas en las que muchos adolescentes se exponen de manera intensiva dejando fuera de las acciones sus cuerpos. En este sentido recordamos una situación planteada por una madre angustiada porque su hijo de 20 años pasaba la mayor parte de su vida frente al monitor de su ordenador jugando virtualmente al fútbol con otras personas con las que contactaba por internet y contra quienes competía en campeonatos. Esta práctica digital se realizaba sin moverse del sillón de su habitación y cada vez que el chico erraba o era derrotado la emprendía a golpes con el armario de su habitación. La madre estaba preocupada por que, por la intensidad de los golpes, su hijo había producido cientos de marcas en la pared con la que lindaba el armario y el vecino había reclamado la mediación del administrador de la finca para dejar de oír golpes constantemente. Jugar o competir con otros comporta gestionar la conducta, manejar ante ellos la frustración o la rabia que se pueden llegar a sentir en determinados momentos, incurrir en actos agresivos que a veces son objeto de sanción y comportan muchas en ocasiones la necesidad de una reparación. En las vidas *on line*, la ausencia del cuerpo

conlleva formas distintas de experiencia, aunque en la fantasía adolescente se presenten como sustitutivas de las experiencias en las que el cuerpo se juega.

Por otro lado, aunque no se incluyan los cuerpos, no podemos dejar de pensarnos con cuerpo. Somos cuerpo. Y desde ahí podemos entender que se realizan prácticas disociativas en las que no se considera esta peculiaridad del mundo virtual, en el que cabe cualquier fantasía o sentirse modelado o presentable por cualquier forma deseable, por falsa o distorsionada que pueda ser.

El aquí-ahora-conmigo toma otras dimensiones y produce otros efectos, no sólo en lo relacional, también en los elementos que marcan o connotan la identidad adolescente. La habitación del adolescente ya no es un espacio de refugio interno, se convierte en una IP conectada con otros a través de relaciones mediadas por máquinas y aplicaciones que permiten existencias deslocalizadas, no solo de un contexto, sino también de un cuerpo. La rabia, puesta en golpear los armarios y las puertas. Es un puerto de conexión a internet.

S acaba de cumplir 13 años, un chico con una importante inhibición social que le hace evitar relacionarse con los adultos y las chicas de su edad. Cuando se le pregunta qué querría pedir a este año que empieza, después de cumplir años, afirma que pasarse el año jugando con su videoconsola. Trae a consulta imágenes fotográficas hechas con una cámara digital y cuenta a su terapeuta de ellas. Repite una secuencia tomada del monitor de juegos digitales: En diversos videojuegos S construye casas en las que se encuentra “su habitación”, un espacio sin ventanas en el que además de una cama, hay un sillón que mira a una gran pantalla. En otra ocasión trae una imagen de su habitación real y como en las anteriores dibujadas, el espacio incluye pocos objetos: junto a una cama, al fondo, hay un gran monitor frente a un sillón de “gamer”, tras el monitor una amplia ventana con una persiana completamente bajada.

Terminamos con una experiencia recogida en un entorno académico, en el que un monitor, visitante en un centro de educación de adultos, introduce elementos relacionados con la diversidad utilizando Eduardo Manos Tijeras (Tim Burton, 1992). Tras el visionado y en el debate generado en el aula, el monitor observa que una joven sentada en primera fila se encuentra absorta en el vídeo que aparece en su teléfono móvil. El dinamizador de la actividad, siguiendo la consigna explícita de que todo lo que aparezca en el aula es material de trabajo, pregunta por el vídeo y la alumna responde agresiva que lo que ve es algo privado. Un compañero de clase, el delegado del grupo sale en su auxilio, diciendo que es como cuando vas en el autobús viendo algo en el dispositivo y el pasajero que va a tu lado se inclina e invade tu espacio para observar lo que se muestra en tu pantalla.

La anécdota nos lleva al concepto de tarea pichoniano, y al “para qué” de acudir todas las mañanas a un espacio educativo que algunos de sus integrantes viven como un autobús. Un medio de transporte, en el que accidentalmente coinciden personas de una forma temporal. Una reflexión que incluye al sentido de la acción de sus profesores ¿conductores? Y de la institución que acoge a estos adolescentes tardíos.

### **Territorializar identidades, vincular cuerpos, tramar con otros**

Compartimos con Bleger (1971) la mirada fragmentaria y rizomática de la identidad, considerando que la idea de la identidad única y completa es una fantasía simplificadora. Y consideramos que, en estos contextos sociales fluidos, en los que desaparecen los elementos que fijaban la subjetividad a elementos del contexto físico y social, los cuerpos van siendo sobre investidos de diversas formas como lienzos en los que expresar, retener y elaborar experiencias vitales subjetivantes de un modo distinto al acontecido en otros momentos de nuestra historia. Espacios en los que anclar parte de la experiencia vivida.

Pichon-Rivière señaló al grupo como un espacio en que poder investigar e intervenir tanto en lo intrapsíquico como en lo interpersonal y querríamos acabar señalando otra vez a ese espacio en el que poder atender y encontrarnos a nosotros mientras estamos con otros, iguales pero distintos. En esas experiencias de las que se puede aprender, es posible desarrollar tramas y lazos que ayuden a las personas a descubrir y renovar significados vitales, articulando puentes historizantes entre los pasados particulares y los futuros posibles.

Recuperamos esta visión convencidos de lo relevante que es para los adolescentes encontrarse con otros iguales con los que preguntarse quiénes son y cómo son con otros, descubriendo lo que la alteridad puede ofrecer de riqueza y oportunidad. Donde aprender a ser con otros, desde la singularidad y la diferencia, asumiendo la necesaria fricción que comporta vivir entre otros.

Con una cierta conciencia de cómo las instituciones que transitamos van siendo cada vez más reacias a las experiencias grupales en las que las personas puedan encontrarse y aprender juntas compartiendo todo aquello que deseen o necesiten, creemos que hay que mantener la propuesta por convicción, desde un cierto conservacionismo psíquico, de la necesidad de mantener esos espacios en los que chicos y chicas se encuentren para poder interrogarse, encontrarse, enfrentarse e imaginar mundos y personas posibles, lugares que habitar y en los que encontrar sentidos.

Acabamos con una última reflexión: si podemos pensar los cuerpos adolescentes como lienzos, en los que depositar proyectos, futuro, esperanza, siguiendo unos trazos propios que

cada adolescente esboce, marque y retoque e incluyendo colores, texturas y elementos que cada circunstancia ofrece a quien puede imaginar una identidad singular, es necesario que quienes llegamos antes seamos conscientes de cómo en estos momentos sus cuerpos son trincheras y sus identidades se han convertido en parte de un campo de batalla en el que no sólo se juegan futuros individuales, sino también colectivos.

---

## Bibliografía

- Bauleo, A. (1997): *Psicoanálisis y grupalidad*. Paidós.
- Bauman, Z. (1999): *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bleger, J. (1967): *Simbiosis y ambigüedad: un estudio psicoanalítico*. Paidós.
- Bleger, J. (1971): La identidad adolescente, fundamentos y tipicidad. En *Revista Área 3*. Cuadernos de temas grupales e institucionales. 17. Invierno de 2013. Disponible en: <https://www.area3.org.es/descargas/a3-17-adolescencia.JBleger.pdf>
- Bruder, J. (2020): *País Nómada*. Capitán Swing Libros.
- Catz, H. (2024): *Tatuajes con marcas simbólicas. La relevancia clínica de los tatuajes para el proceso psicoanalítico*. Ricardo Vergara Editores.
- Fernández, A.M. (Comp.) (1999): *Instituciones estalladas*. Eudeba Editorial.
- Fernández, A.M. (2012): *Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolíticas*. Editorial Nueva Visión.
- Feixa, C., (2005): "La habitación de los adolescentes", en *Papeles del CEIC*, nº 16, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, Disponible en <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/16.pdf>
- García Campos, L. (2010): *Adolescencia y redes sociales en internet*. CEAPA. Disponible en <https://www.educatolerancia.com/wp-content/uploads/2016/12/REDES-SOCIALES-Y-ADOLESCENCIA.pdf>
- Han, B-Ch. (2019): *La desaparición de los rituales: Una topología del presente*. Editorial Herder.
- Kaplan, R.D. (2025): *Tierra baldía. Un mundo en crisis permanente*. RBA Editores.
- Laufer, M.E. (2013): *Acercas del yo corporal como objeto interno*. Revista APM nº69
- Lemma, A. (2010): *Under the Skin: A Psychoanalytic Study of Body Modification*. The New Library of Psychoanalysis.
- Lipovetsky, G. (1986): *La era del vacío*. Editorial Anagrama.
- Lipovetsky, G. y Charles, S. (2006): *Los tiempos hipermodernos*. Editorial Anagrama.
- López Mondéjar, L. (2024): *Sin relato. Atrofia de la capacidad narrativa y crisis de la subjetividad*. Editorial Anagrama.
- Marchioni, M. (1999): *Comunidad, participación y desarrollo*. Editorial Popular.
- Nicolás, A.M. (2024): *Rupturas Evolutivas. Psicoanálisis del colapso adolescente y de sus mecanismos defensivos*. Editorial Prismática.
- Pichon-Rivière, E. (1975): *El proceso grupal*. Editorial Nueva Visión.
- Pichon-Rivière, E. (1980): *Teoría del vínculo*. Editorial Nueva Visión.
- Tuber, S. (1982): *La muerte y lo imaginario en la adolescencia*. Editorial Saltés.